

Iniciaciones

I

Teníamos ocho años y aquello nos parecía horrible ¡Nos daba tanto miedo! Un miedo de estreno, que nos apretaba el pecho tanto como las coletas que nos procuraba Jacinta cada mañana. María Antonia y yo buscamos en el diccionario: *desgarramiento del endometrio con expulsión de sangre desde el útero debido al óvulo no fecundado*. No entendimos nada; pero el desgarramiento y la sangre se nos quedaron grabados en la memoria ¡Entonces sí que era normal que la prima Cristina se desmayase desde que se hizo mayor! Primero se ponía pálida y se tocaba la barriga como si se hubiese hinchado a pasteles; después se quedaba tumbada, como muerta, con los ojos apuntando a un lugar donde sólo un tonto miraría tanto rato.

María Antonia y yo descubrimos que el asunto de los desmayos les preocupaba a mi mamá y a las tías Norma y Esther, porque cada vez que a la prima Cristina le tocaba desmayarse (y no pasaba mucho, pero pasaba) ellas hablaban bajito mientras lavaban los platos, y llamaban a Jacinta para que nos obligara a dormir la siesta aunque nouviésemos ni pizca de sueño. «Esta es una charla de mayores», nos decían, y María Antonia y yo abandonábamos la cocina en fila detrás de Jacinta, pensando que eso de hacerse mayor, sufrir dolor

de barriga, desmayarse y quizás no volver a levantarse nunca más, era un castigo terrible que nos alcanzaría también a nosotras algún día.

Una tarde, a la hora de la merienda, el desmayó ocurrió en el patio. Mi mamá y las tías se encerraron con la prima Cristina en el baño de las visitas y nos empujaron puerta afuera como si estuviésemos llenas de piojos. María Antonia y yo nos quedamos espiando por el agujero de la cerradura, hasta que la voz ronca de Jacinta (que parecía que siempre estaba a punto de toser) nos hizo saltar del susto. «Niñas tontas sin oficio», nos dijo con ese tono raro y regañón. Nos apartó con sus manos negras y nos llevó de nuevo al patio cogidas de las coletas. María Antonia y yo no aguantamos más. Nos arrodillamos en las baldosas calientes y le suplicamos a Jacinta: «¡Cuéntanos qué le pasa a la prima Cristina! ¿Se va a morir?», Jacinta nos miró empequeñeciendo los ojos y soltó una carcajada larga y ruidosa enseñándonos los dientes; los más blancos que habíamos visto en la vida. «Señorita Cristina no morirse. Problema es que señorita Cristina mete pastilla de jabón muy adentro cuando se lava», nos dijo juntando la palabras de esa mala manera suya, que nos hacía preguntarnos cómo siendo tan gorda y tan vieja todavía no había aprendido a hablar. Después se marchó tan pancha, moviendo la cabeza y el culo al ritmo de una música inexistente. María Antonia y yo nos quedamos aún más asustadas: «¡Una pastilla de jabón!», repetimos en voz alta, preguntándonos cómo, por qué y por dónde.

Al día siguiente, mi mamá, la tía Norma y la tía Esther, decidieron ir con la prima Cristina al médico. María Antonia y yo las esperamos en la escalera del patio hasta que regresaron, casi de noche, sin decir ni media palabra. Los primos Rafa y Tito vinieron corriendo hacia nosotras igual que un rayo: «le hicieron abrir las piernas como abanico», soltó el primo Tito envenenado, «después le metieron una especie de taladro gigante», completó agitando el cuerpo como si hubiese pegado los dedos a un enchufe. «No era un taladro, era una batidora», lo corrigió el primo Rafa dándole un golpe en la nuca. María Antonia y yo nos levantamos aterradas y nos marchamos apretando las piernas escaleras arriba, imaginando la de cosas que le podrían caber dentro a la pobre prima Cristina.

Aquel verano pasó rápido igual que los tres siguientes. María Antonia y yo no volvimos a hablar del asunto. La prima Cristina siguió creciendo, cada día más guapa y más contenta, sobre todo cuando se acercaba a aquel chico rubio que iba en bicicleta sólo con la rueda de atrás; y de repente dejó de desmayarse. Mañana cumpla doce años y María Antonia el día de Navidad. Todavía no nos hicimos mayores, pero empezamos a practicar con la pastilla de jabón muy adentro y aún no registramos ni un solo desmayo.

Creemos que Jacinta lo sabe, porque cada vez que salimos del baño suelta una carcajada larga y ruidosa enseñándonos los dientes.

II

Subí al vagón en el último minuto. Gran divorcio entre la pierna izquierda y la derecha: una a salvo y la otra flotando con los dedos agarrotados para no perder el zapato de tacón nuevo. El tren arrancó y se apagó la luz. Vino el tropezón y después los malabarismos para que el tubo que contenía el grabado siguiera sujeto en mi mano, aunque tuviese que quedarme allí, en plena articulación de la máquina para el resto de mi vida. La escena era tan ridícula que agradecí la oscuridad, a pesar del frío del suelo que empezaba a colarse en mi estómago. Estaba resignada a viajar tirada hasta Madrid. Ni siquiera contemplé la posibilidad de utilizar mi propia mano para rescatarme: el futuro cuadro central del despacho de mi padre tenía que llegar intacto; era la misión de mi viaje.

Me había abandonado a mi suerte, cuando sentí un brazo que me rodeó por la cintura. Era un hombre. Lo supe por la manera cómo me levantó del suelo; con esa seguridad con la que una sueña ser llevada al infierno si hace falta. «Gracias, soy tan torpe...», empecé a recitar un rosario de obviedades que aquel hombre ignoró por completo hasta ubicarme en un compartimiento también a oscuras. Después de asegurarme de que el grabado estuviese a salvo, de alisarme la falda y tranquilizarme el cabello, dirigí toda mi atención hacia la silueta del hombre que respiraba fuerte, exaltado, urgente.

—¡Vaya viaje que vamos a hacer sin luz! —dije reconociendo mi desagradable risa nerviosa—. Seguramente en un rato vendrán a disculparse por el fallo mecánico. Bah... Seguro que lo tienen planificado, viajar de noche a oscuras para ahorrar. Y a los pobres insomnes, que nos hemos comprado un libro en la estación... ¡Qué nos den!

Mi acompañante seguía en silencio; quizás porque estaba de acuerdo con mi forzada indignación, o porque estaba deseando que cerrase la boca.

—¿Qué llevas en ese tubo? —me preguntó en un tono de voz grave que rimaba con la oscuridad que nos envolvía.

—¿Esto? Es un grabado, bastante viejo, casi desde el principio de los tiempos. Para mi padre tiene mucho valor sentimental, ya sabes, un asunto de familia. Es que nosotros somos de Galicia y...

—¿Qué es? ¿Cómo es? —me interrumpió bruscamente, y entonces comprendí que realmente le urgía que le describiese el contenido del tubo de cartón por el que permanecí tirada en un pasillo del tren.

—Pues... es un paisaje —dije sin saber por qué.

—¿Amplio? —siguió preguntando mientras se acercaba a mí.

—Sí, muy amplio.

—¿Árido? —quiso saber acariciando mis tobillos, lanzando mis zapatos de tacón hacia cualquier lugar de la nada.

Empecé a sentir que un hormigueo furioso me recorría las piernas. Me fijé en su cabeza, tan presente en la penumbra: melena desordenada, cuello ancho, y traté de ponerle rostro a esa sombra que se había arrodillado frente a mí. Una de sus manos podía sostener mis dos pies juntos.

—No —solté con una seguridad que llegó a sorprenderme—. Está húmedo, especialmente húmedo.

—¿Hay montañas? —siguió preguntando.

—Dos montañas —respondí cerrando los ojos.

—¿Muy juntas? —susurró y sus manos subieron por mis rodillas.

—Parece que se separan.

—¿Hasta dónde? —insistió respirando cada vez más fuerte.

—Hasta que se ve algo entre ellas.

—¿Se mueve?

—Como si tuviese vida propia.

—¿Se hunde?

—No, más bien se extiende.

—¿Hacia dónde? —preguntó moviendo los dedos al compás de su respiración y la mía — ¡Dime hacia dónde! —me ordenó casi en un gemido.

—¡Hacia el cielo! —grité.

La luz entró de golpe por la ventana. Abrí los ojos y estaba sola en un compartimiento pequeño y frío. Mis zapatos de tacón perfectamente colocados al lado del tubo de cartón. El grabado desplegado en el asiento de enfrente. Sentí una vergüenza horrible. El retrato de mi bisabuelo me miraba con el gesto torcido; como si hubiese pasado mala noche.

III

Todo comenzó como un juego. En realidad era un juego del que desconocíamos las reglas, pero daba igual. Lo importante era huir de las historias que sí conocíamos, que nos tenían como protagonistas, a nosotros o a esos que fuimos hacía algún tiempo. Carolina asumió el mando y los demás nos dejamos hacer. «Hay que desconectar, fluir, desdoblarse», nos explicaba moviendo las manos como si quisiera escapar de su cuerpo. Entendimos que nuestra tarea consistía en bailar la canción de moda e inmediatamente después, cuando la música dejase de aturdirnos, adoptar la postura que Carolina nos señalara. Parecía fácil. Nos lanzamos a ello con desapasionada obediencia.

El baile no logró divertirnos. Nos conocíamos demasiado bien, tanto, que no nos burlamos de la falta de ritmo de Gonzalo, del quiebre de caderas de Teo, de los hombros encogidos de Mercedes, ni siquiera de la ausencia de toda gracia de la pobre Leonor. Sólo Arturo concentró nuestra atención. Arturo agitaba los brazos con tanta fuerza, que tuvimos miedo de que acabase en el suelo. Nadie se lo dijo. Ninguno se acercó a él ni se mostró incómodo. El temor a herirlo era ahora mucho más importante que nuestra preocupación.

Carolina bajó el volumen de la música: «todos con la cabeza hacia arriba hasta que duela el cuello», fue su primera orden. Obedecimos echándole de vez en cuando un vistazo a Arturo, que fue el primero en acatar las instrucciones. El asunto consistía en usar la imaginación; rescatar el absurdo que se reserva para cuando hay alguna sustancia en vena, y explicar por qué teníamos la barbilla apuntando al techo. Comenzó la ronda de respuestas. Fui la primera: «Estoy mirando hacia arriba porque me está sangrando la nariz». ¡Bien!, me animó Carolina y continuó cediendo el turno. Así escuchamos que Gonzalo les miraba las bragas a las chicas del instituto debajo de una escalera, que Leonor besaba a un jugador de baloncesto, que Mercedes reencarnó en jirafa, y que Teo hacía gárgaras. Las risas que provocó Arturo explicando una técnica de sexo oral con una chica haciendo *puenting*, fueron interrumpidas por Carolina que volvió a la carga con más instrucciones. Paró la música y nos ordenó que bajáramos la cabeza y la sujetáramos con ambas manos. Lo hicimos y empezamos a narrar por qué parecíamos un grupo de niños castigados sin recreo. «Estoy intentando entrar en el metro a las seis de la tarde», grité la primera; «y yo quiero arrancarme una cana del pecho con los dientes», me siguió Gonzalo orgulloso. Mercedes pretendía enroscarse para escapar los lunes de la oficina a través del inodoro. «Estoy viendo cómo aterriza en mi estómago la tarta que me acabo de comer», dijo Leonor, mientras Teo confesaba que se estaba protegiendo de los gritos de su novia por volver a casa de madrugada.

Llegó el turno de Arturo. No miró a nadie y comenzó a hablar como entre sueños: «tengo frío, estoy helado, pienso en lo mucho que me va a doler cuando por fin llegue al suelo». Después, sólo hubo silencio. Y qué más íbamos a decir. Estaba recordando una historia que sí conocíamos, que nos tenía como protagonistas, a nosotros o a esos que fuimos hacía algún tiempo... cuando Arturo tenía piernas.

Gabriela Llanos